



**CECIL
ROBERTS**

**Ocho hacia
la eternidad**

La obra de Cecil Roberts entronca en las fórmulas más características de la narrativa británica de entreguerras.

Cosmopolita, irónico, hábil observador de la alta burguesía inglesa, Roberts reflejó un mundo y una escala de valores que definían la Inglaterra de los años veinte. *Estación Victoria a las 4,30*, su primer gran éxito, supuso un logrado intento de adaptar a la novela tradicional las técnicas de montaje popularizadas por la narrativa norteamericana de la «Generación Perdida».

Ocho hacia la eternidad es también una novela de personaje colectivo. Ocho hombres entrecruzan sus vidas en torno a la vieja abadía de Monte Cassino, ocho personajes perfectamente definidos, diversos, contradictorios, vinculados por un encuentro casual o por su dramática andadura hacia la muerte.

A

BEATRICE CARTWRIGHT

CAPÍTULO I

CHARLES Y MARY

I

Tras haber dejado a «Turpin» en su cuadra, atravesó el largo patio, ahora tan triste, con sus puertas sin pintar y sus establos vacíos, y arrojó una mirada al inútil reloj, cuyas manecillas permanecían inmóviles desde el día en que, doce años antes, trajeron a su padre muerto desde Cutter's Close, con la cabeza rota, vistiendo aquella casaca encamada que tan bien sentaba a su alta estatura, y sus resplandecientes botas de montar. Nada podía apartar de las mentes de los campesinos la idea de que el reloj quedó inmóvil en el mismo instante de acontecer la muerte de su padre. Se trataba, sin duda, de un absurdo, pero cuando una idea se aloja en un cerebro de Leicestershire es difícil desterrarla de aquí. Charles recordaba cómo, a los quince años, había trepado hasta el reloj, con la intención de comprobar la causa de semejante anomalía, bajo la mirada temerosa de un criado que no cesaba de advertirle la imprudencia que representaba entrometerse con el Hado. La razón era obvia. Una piedrecita se había deslizado entre las ruedas, interrumpiendo la marcha del mecanismo.

—¡Bueno! Quizá sea así, pero... ¿quién hizo caer la piedrecita? —preguntó Havers, no convencido aún por la demostración de Charles.

—Por otra parte, mi padre murió cerca de las once.

—Las diez o las once viene a ser lo mismo. Además, ese reloj no se había detenido nunca. Marchaba tan bien como el señor —insistió el obstinado Havers.

Nadie había osado volverlo a poner en marcha, y allí quedó como una muestra de la fatal influencia del Hado. También las cuadras quedaron vacías, ya que los caballos, exceptuando a dos, el asignado a él y el que pasó a manos de Gervase, habían sido vendidos para hacer frente a las apremiantes necesidades. Doce establos se fueron derrumbando poco a poco las telarañas cubrían las ventanas del cuarto de atalajes. El picadero, situado a un extremo del patio, fue convertido en garaje, y al cabo de quince años aún aparecía fuera de lugar en aquel patio empedrado de guijarros. Sólo albergaba un coche, y jamás dio cobijo a más de dos, exceptuando los días en que llegaban visitantes a la casa. Cuando Gervase murió en Vimy Ridge, vendieron su Daimler, quedó sólo el viejo Rolls, utilizado por su madre y conducido por el testarudo y reservado Havers. Su conservación les resultaba en extremo gravosa, pero no era posible venderlo a un precio que le asegurase una existencia digna en manos de su nuevo propietario. Al revés del reloj, estaba en marcha de continuo. Havers aborrecía la inalterable regularidad de aquel viejo motor. El ganado contraía toda clase de enfermedades, pero la máquina no cedía nunca. Su destino se cumplió. Havers había fallecido en enero último, y no era posible procurarse un nuevo chófer, el Rolls fue vendido y su lugar ocupado por un Ford de gimnástica agilidad que su nerviosa madre conducía peligrosamente por sí misma.

Charles no necesitaba reloj para enterarse de la hora. Eran cerca de las siete de un luminoso atardecer del mes de abril, en el que un sol primaveral atravesaba el follaje verde de los olmos. ¡Cuántas veces, de niño, había observado desde las ventanas de su habitación los resplandecientes rayos que se posaban en los troncos espaciados a lo largo del camino, arrancando destellos a las ramas! Al

abandonar el sendero de grava para penetrar en el patio, se dijo que la veleta que giraba sobre la torre tudoresca aparecía también iluminada. Así era, en efecto. La víspera de su boda todo hombre sabe que una línea va a dividir su existencia en dos mitades bien precisas. Nunca contemplaba la torre, la veleta con su fecha grabada y la gran puerta de piedra de aquella parte de la casa, sin acordarse del acaudalado antecesor que había añadido el ala sur. Era de estilo georgiano, proyectada por Adam y dotada de esa amplitud característica de las construcciones del siglo XVIII, cuando en aquellas tierras de Leicestershire prosperaban los señores rurales. En cambio, ahora, ¡qué pesadilla representaba todo aquello, después de que la crisis que siguió al final de la guerra había doblado el coste de la vida, obligando a reducir la servidumbre!

Consciente, mientras contemplaba la dorada veleta, del inmenso cambio presto a ocurrir en su vida, sintió que le invadía una ligera llamarada de cólera al recordar la estupidez de aquella Mrs. Cannon que le había dicho a título de felicitación, entre tosecillas bronquiales: «¡Y nosotros que esperábamos que te hubieras casado con alguna rica americana!». ¡Qué fastidio! ¿Cuál era la causa por la que semejantes mujeres abogaban por el abandono de las propias ideas en aras de una problemática continuidad de las prerrogativas feudales? Mary se había echado a reír cuando se lo contó.

—¡Qué indignada se hubiese mostrado —le dijo— si hubieses contraído matrimonio con una americana pobre! Me figuro que no se imagina la existencia de americanas pobres, capaces de enamorarse de arruinados jóvenes ingleses.

—En realidad, nosotros no somos pobres —dijo Charles, contemplando el dulce rostro de su prometida.

—Al contrario. ¡Somos la pareja más rica del mundo! —gritó ella, radiante.

Sí. ¡Qué afortunado era! Había logrado conservar la vida, después de aquellos cuatro años en los que, a cada instante, estuvo a punto de perderla. En Bélgica, en 1914, en Francia, en los Dardanelos y de nuevo en Francia; cuatro años de una suerte increíble en los que, aparte del barro y de la sangre, había gozado de una salud de hierro, de una entrañable camaradería con sus compañeros de armas y de fuertes emociones, variedad y carencia de problemas, exceptuando los puramente físicos. ¡Cuántas tonterías decía la gente en su afán de glorificar a los héroes! En realidad, no habían hecho sino cumplir con su deber. Unos murieron y otros no, del mismo modo que en la vida normal. En cuanto al valor y a todas las demás cualidades a que tanto gustan referirse los poetas y los políticos, no se trata más que de reacciones corrientes y ordinarias cuando llega la hora. El país había salido airoso de la prueba, como en muchas otras ocasiones.

¿Volvería a ocurrir algún día? Charles recordaba la mirada del párroco cuando se atrevió a sugerir semejante cosa en su presencia. Se alejaban los dos del monumento a los caídos del pueblo, una vez terminados los toques de cometa y los discursos, cuando, sabiendo que cometía un error, preguntó dónde colocarían el siguiente monumento, ya que ahora estaban todos los lugares ocupados. Los ojos del padre Marshall casi surgieron de sus órbitas. «¡Pero, capitán Conway! ¿Cree usted que semejante cosa puede acontecer de nuevo? ¡Es imposible!». Y al sugerirle que no sólo era posible, sino probable, resultó evidente que el párroco lo consideraba afectado por los horrores de la guerra.

Charles no había querido rogarle que contemplase los muros de la iglesia en su parte interior. Allí estaba la efigie rota del viejo Richard Conway que, a los dieciocho años, había huido a Nottingham, con el Rey Carlos, a fin de levantar el estandarte de una guerra civil, en un ventoso día de agosto de 1642. Su hijo William había caído en Naseby, y más tarde Charles moría en Malplaquet, Richard en Cri-

mea, Gervase en Lucknow, otro Charles en España, otro Richard en Spion Kop, África del Sur, y ahora el pobre Gervase en Vimy Ridge. «Sus nombres serán recordados a través del tiempo». ¡Qué futilidad! La próxima generación no se preocuparía de ellos, atenta sólo a sus propios intereses. Pero no era posible decir semejante cosa a las gentes. Serían capaces de sacrificar a cualquiera con tal de perpetuar sus ilusiones. Existía una Sociedad de Naciones en la que todos cifraban sus esperanzas. ¿Hasta qué punto su filosofía sería efectiva? Pero ¿a qué preocuparse? De momento, todo estaba tranquilo. La próxima generación sabría preocuparse de sí misma. *Carpe diem*.

De improviso se detuvo en mitad del patio, como atacado de repentina inmovilidad. Si ocurría dentro de la siguiente generación, él iba a verse también envuelto, aunque de modo indirecto. Una nueva sensación se apoderó de él y una sombra se extendió sobre su felicidad, del mismo modo que el viento sacude los campos de trigo. Quizás sería padre y, por lo tanto, vulnerable a los horrores futuros. Su madre vivía en el pasado, sumida en el recuerdo de Gervase, a pesar de que tanto él como su hermana permanecieron siempre a su lado, procurando consolarla. En aquella antigua mansión que durante cuatro siglos había albergado a varias generaciones de Conway, los Richard habían llorado a los Charles, y los Charles a los Gervase, muertos en distintos lugares, por causas diversas, todos olvidados ya, pero todos influyentes y honorables en el curso de su vida. ¿Por qué había él de escapar a las garras del humano destino?

La fachada de la vieja casa aparecía gris, entre las sombras, destacando oscura contra el resplandeciente cielo y las luces encendidas en el interior. Permaneció largo rato inmóvil, contemplando la casa, como un amante cuya felicidad se ve enturbiada por el temor a perder la causa de la misma. Allí, erguido, con su oscuro traje de montar, desprovisto de sombrero, alto y esbelto, supo de modo intuitivo

que debía despedirse de su juventud y de su soledad a partir del momento en que vistiera sus galas de novio; que no era más que un eslabón más en la larga cadena de sus antepasados. Los Conway de antes y los del futuro parecían observarle en aquel momento crucial de su existencia. La presciencia de lo desconocido pareció afectarle en un breve instante de ilimitada lucidez mental. Tan breve fue que, al transcurrir, pareció sólo una sombra entre las sombras. Se sentía demasiado joven, saludable y triunfante para dejarse afectar por ninguna clase de neblinoso temor.

Dio un paso hacia adelante, sintiéndose consolado al percibir bajo sus pies el crujir de la grava y el sonido del metal al descorrer el pesado cerrojo de la puerta de roble.

II

Su hermana Beryl lo saludó al salir del vestidor. Ella y su esposo habían acudido de Bath para la boda. Voces juveniles resonaban en el cuarto de los niños, porque habían traído consigo a Gervase y Ann, de siete y cinco años respectivamente. Beryl era la autoridad suprema de la familia y a su cargo corrió la organización de la ceremonia. Tres autocares de aldeanos se trasladaron a la Abadía de Brent para el servicio y las fiestas. Se celebró en la escuela del lugar una tarde de asueto para los niños que no podían asistir a la boda, con juegos y disparo de fuegos artificiales. Ni una sola persona quedó olvidada, gracias a la incansable actividad de Beryl.

Ella fue la que confeccionó el horario de la jornada, hasta el instante en que el coche abandonara la abadía, llevándose a él y a Mary hacia Melton Mowbray, donde tomarían el tren para Venecia. En ocasiones, la precisión y la infalibilidad de Beryl lograban sacarles de quicio, pero todos sa-

bían con cuánta seguridad conducía su nave por entre los escollos que acechaban por doquier. Diez años antes, y temiéndose la tempestad, Beryl había alquilado Winton por un quinquenio, trasladándolos a todos a Long Far, donde por medio de varias estratagemas consiguió amortizar la hipoteca que los asfixiaba en su anterior residencia. Instó a Charles a seguir su inclinación hacia la arquitectura, en vez de dedicarse al cultivo de las tierras, como era tradicional en la familia, ya que carecía de aptitudes para ello. Y a los veintisiete años la carrera del joven parecía asegurada, gracias a la colaboración de otro arquitecto más joven en una floreciente oficina de Leicester. Habíase sentido desilusionada por su elección de Mary Firth, entre un surtido de jóvenes cargadas de tradiciones y de deudas; pero, una vez supo que su determinación era inflexible, la aceptó de buen grado, convirtiéndose en su aliada fiel.

Resultaba extraño que su habilidad y su energía no se manifestaran en la dirección de sus propios asuntos. Su esposo John era un hombre amable, perezoso e indolente, que, aunque amonestado de continuo por ella, no hacía el menor caso a sus filípicas. El hecho de que lograra conservar su bufete de abogado era algo que tenía sorprendida a la familia entera. Permanecía en su oficina, fumando, entre montones de pliegos y documentos, sumidos en un desorden del que no se preocupaba en absoluto, pero del que extraía, a fuerza de tiempo y de paciencia, aquello de que tenía necesidad, con una certeza que bien podía considerarse inmerecida recompensa a su inveterada dejadez. Todo se hacía pedazos entre sus manos, y un mecanismo cualquiera parecía adquirir la seguridad casi humana de su desconocimiento de los más elementales principios de la física. Sin embargo, era el mejor jugador de ajedrez del condado, y en el césped del críquet su habilidad resultaba diabólica, siempre que encontrara víctimas dispuestas a sacrificarse. Vivía en perpetua lucha con tres pares de lentes que llevaba colgados de cordoncitos negros; llevaba el pelo lar-

go y los pantalones cortos; conservaba su inalterable buen humor y era adorado por los niños. Tenía doce años más que Beryl; pero, a los cincuenta, era padre de dos niños de admirable hermosura. Según Charles, las recompensas de la Naturaleza nunca siguen un derrotero lógico. ¿Quién hubiera previsto que una mata de abrojos fuese a producir semejantes rosas?

—Los niños te están llamando. ¿Cómo se siente Mary?
—preguntó Beryl, desde el pie de la escalera.

—Pues como yo. Hecha un manojo de nervios. ¿Y John?
¿Con ellos?

—No... Verás, ha perdido el tren, y no llegará hasta después de cenar —repuso Beryl con aire tolerante.

—Voy arriba —dijo Charles.

Y subiendo a toda prisa las escaleras hasta el segundo piso, recorrió el pasillo que tan bien conocía desde su infancia. El sol poniente caía, como de costumbre, sobre el descolorido grabado que representaba el jubileo de la Reina Victoria. Una vez contó todas las figuras que aparecían en él; eran doscientas noventa y ocho, y la ocasión se le ofreció al ser mandado a la cama sin cenar por haber llamado imbécil a una criada. Aquello no dejó de parecerle un acto de injusticia por parte de los mayores, ya que en repetidas ocasiones había oído a su padre pronunciar la misma palabra, aunque nunca en presencia de la persona a la que iba dirigida.

Los niños no se encontraban en su habitación. Sus voces le dijeron que estaban en el baño. Dos rostros húmedos y sonrientes se volvieron hacia él. Eran un par de chiquillos robustos y rubios como rosas cubiertas de rocío. La criada los estaba frotando vigorosamente.

—¡Enjabóname! ¡Enjabóname! —gritaba Gervase.

—¡No! ¡A mí! ¡A mí! —replicaba Ann, saltando en el interior de la bañera.

—¡Oh, Mr. Conway! Tendrá que hacerlo usted. Están inaguantables desde anoche —dijo la criada.

—¡Muy bien! ¡Deme un delantal!

Ella así lo hizo, y Charles se lo arrolló a la cabeza, como un turbante, ante el alborozo de los niños.

—Le ruego que no vierta demasiada agua en el suelo — dijo la criada, retirándose hacia los armarios, mientras un verdadero pandemonio se armaba en la bañera. El tío Charles avanzaba a gatas, con el turbante en la cabeza, entre el chapoteo y los gritos de júbilo de los dos esbeltos querubines.

III

Charles se despertó al amanecer no sin cierta sorpresa por su parte, ya que era un dormilón empedernido y aquella noche se había retirado a descansar bastante tarde. Durante un rato permaneció tendido, considerando la importancia de aquel día. Sus ojos se fueron posando en todos los objetos familiares. Aquél había sido su cuarto desde la infancia. Solía pensar en él mientras patrullaba por las trincheras de Flandes en las frías noches de invierno, bajo el resplandor de las estrellas, y en amaneceres neblinosos, carentes de los cantos de las aves, en cualquier bosque torturado por la guerra. Sábanas limpias, el desayuno en la cama, un libro con el que llamar al sueño, los trajes colgando en hilera del guardarropa, las ramas de los árboles al otro lado de la blanca ventana... todo formaba parte del tesoro de su vida en aquellos días en que el firmamento vomitaba fuego y la tierra retemblaba por las explosiones. Sin embargo, había sobrevivido a aquel infierno organizado. Sus ojos recorrieron el dibujo de las cortinillas. La luz penetraba a través de los postigos entreabiertos.

Luego, sobre el gozoso trinar de los pájaros percibióse el frío y áspero sonar de una campana. Comprendió enton-

ces que no podían ser más que las seis. El tañido procedía de la cercana capilla. El padre Marshall pertenecía a la Alta Iglesia y era severamente criticado por ello. Conservaba siempre un cirio ardiendo ante el altar de la Virgen, usaba un breviario latino, calzaba sandalias y vestía una sotana negra, con cordón a la cintura. «Es romano», decían los del pueblo. En algunas reuniones de la iglesia episcopal habían surgido protestas. «No es que apruebe su conducta, pero me parece un buen sacerdote», dijo Mrs. Conway, rehusando firmar una petición presentada contra él ante el obispo. Se llamaba a sí mismo padre Marshall, jamás usaba sombrero, llevaba el pelo muy corto, y tenía las manos enrojecidas porque como no tenía criada, él mismo hacía las tareas caseras. Aparecía demacrado y aterido de frío, aunque no existiesen motivos para ello, ya que su rectoría era excelente y había sido planeada para pastores con numerosa descendencia. En el siglo XVIII, un pastor con doce hijos compitió con cierto *esquire* que tenía dieciséis. En lo único en que ambos coincidieron fue en el número de los fallecidos: ocho cada uno, y antes de los seis años de edad.

La frugalidad era la principal característica del padre Marshall. Su rectoría estaba muy a menudo habitada por jóvenes y graves estudiantes de Teología, procedentes de un colegio de los Midlands. Al igual que el rector, vestían sotas y calzaban sandalias, se mostraban muy devotos, se levantaban temprano y participaban en los rituales de la iglesia, aplicándose con fe a las distintas ceremonias del culto. Se decía que el padre Marshall distribuía sus escasas rentas entre aquellos jóvenes. Una mujer de la limpieza era la única intrusa femenina que penetraba a diario en la casa, escasamente amueblada y desprovista de calefacción, exceptuando una pequeña lumbre en lo más crudo del invierno. El padre era un trabajador infatigable, y cada una de las viviendas de su parroquia era visitada con toda regularidad, aunque en algunas de ellas el recibimiento fuese bastante frío e indiferente. Los Conway se habían mostrado muy

amables con él a través de los veinte años de su rectorado. El padre de Charles se indignaba ante la impasibilidad del sacerdote y ante el continuo repiquetear de la campana de su pequeña iglesia. «Cristianos, despertad y saludad a la neblinosa mañana... con el padre», solía decir. Sin embargo, había acudido a cada una de las ceremonias, al igual que Mrs. Conway.

La campana sonaba, impregnando el amanecer de una suave melancolía. Luego, otro sonido se mezcló a su tañido y al canto de los pájaros. Alguien caminaba por el sendero de grava bajo su ventana. Comprendió en seguida quién era. En ocasiones señaladas, su madre solía asistir al servicio religioso que se celebraba al alba.

Se levantó de la cama y se acercó a la ventana a tiempo de ver a su madre, que atravesaba la puerta de hierro junto a los laureles que ocultaban casi los muros del patio de la iglesia. Una tenue neblina colgaba sobre los campos de Leicestershire, cubiertos de fresca y lozana hierba. Algunos árboles se elevaban aquí y allá en aquella hermosa tierra de Fernie. La atmósfera estaba en calma, fría y perfumada, sin que se percibiese ni el rumor de una hoja.

De improviso experimentó el irreprimible deseo de unirse a su madre. Ésta se sorprendería seguramente; pero no era aquél un día ordinario, sino el último de su vida de soltero. Vistió a toda prisa unos pantalones de franela, calcetines y zapatos, una camisa, chaleco de punto y americana deportiva, y salió de la casa, tranquila, emergiendo a la fría claridad del alba. La campana había cesado de sonar. Al aproximarse a la puerta de la iglesia pudo percibir la voz del párroco, que entonaba sus plegarias.

Con paso furtivo recorrió el pasillo central hacia el banco en el que su madre estaba arrodillada. Una claridad grisácea iluminaba el interior de la vacía iglesia. La llama amarillenta de los dos cirios que ardían en el altar prestaba aún más relieve a la soledad y al silencio. Charles creía haberse aproximado a su madre sin que ésta observase su presen-

cia, pero ella le dedicó una sonrisa antes de proseguir sus oraciones. El murmullo del párroco se percibía ahora apenas, pero Charles entendió las palabras latinas. En aquella misma iglesia, y hacía muchísimo tiempo, habían resonado las mismas plegarias cuando, en el siglo XVI, el historiador Polydore Vergil ofició, antes de regresar a Italia, su tierra natal, para morir en Urbino.

Charles no rezaba, sino que permanecía atento como nunca lo estuvo hasta entonces, percibiendo el deslizarse del tiempo a su alrededor. Contempló los muros de la iglesia, procurando grabar en su mente todos aquellos detalles que tan familiares le eran. Sobre él, hacia la izquierda, se encontraba el ventanal conmemorativo de un Richard Conway fallecido en la guerra sudafricana, un tío suyo al que no conoció. Bajo aquél y en su correspondiente nicho, yacía la efigie de mármol del viejo Sir Richard, con los pies y las manos mutilados por los bárbaros de Cromwell, no conformes con aquel enérgico realista que a los dieciocho años había formado parte de las huestes del Rey Carlos. A su lado, su hijo William, enrolado en el mismo ejército, y junto a él, su esposa y un friso de cinco hijos, tres varones, dos hembras y cuatro más en pañales, señal demostrativa de que habían muerto al nacer. La tumba de Sir Richard ostentaba la fecha de 1644. ¡Qué alejados y, sin embargo, qué próximos se encontraban aquellos moradores de Winton! Reflexionó brevemente en cuál sería la fecha que grabasen en su tumba. Se encontraban en el 1920. Era, pues, seguro que hacia 1970 su vida habría terminado sin ningún género de duda. Luego preguntóse cuántos Charles sucesivos se arrodillarían allí en el día de su boda. Quizá algún hijo suyo, que añadiese una nueva cifra a la suma de los seres queridos.

«Aleja de nosotros la malicia, a fin de que siempre te sirvamos conservando la pureza de nuestras existencias...».